

# El emir de los hispanistas: R. Monegal

**Albert Bensoussan**

---

Nomadismo y mestizaje son las dos ubres que amamantaron a nuestro Emir, tan amado como admirado. De identidad, siendo uruguayo, mezclaba Castilla (Rodríguez) y Cataluña (Monegal). Su nombre, en fin, Emir, bastante frecuente en América Latina, y que significa en árabe “príncipe” o “comandante”, sella la ascendencia –real o supuesta– levantina de quienes, apodados “turcos” (por el pasaporte de emigrante del Medio Oriente) a principios del siglo XX, habían huido de Siria, Líbano o Palestina por ser, entre tantos moros, de religión bizantina en su mayoría. Mi amigo Walter Garib, el gran escritor chileno, lo contó todo de esa errancia en su relato *El viajero de la alfombra mágica*. Dicho esto, es evidente que nadie es realmente responsable de sus *Señas de identidad*, como lo mostró Juan Goytisolo, gran nómada y amigo de Emir R. Monegal. En realidad, sus amigos, las más veces, lo llamaban sencillamente Monegal, o familiarmente Emir.

En una famosa crónica titulada “Yo un negro”, Mario Vargas Llosa cuenta cómo en la Londres racista de Enoch Powel –en sus escritos denunciaba y estigmatizaba la inmigración de los no-blancos–, lo trataron nada menos que de “negro” por tener la piel menos inmaculada que el ciudadano auténticamente británico. Y un día, Mario me contó que Emir y él habían tomado un taxi londinense y, a la hora de pagar el trayecto, como querían dejar una propina al taxista, éste les contestó a los dos: No acepto propina de *Colored People*. ¿Era negro Emir?, ¿y negro Mario? Nada más absurdo si tenemos en cuenta la aparición del *homo sapiens* en África del Este, antes de recorrer el mundo entero. Contra este absurdo como contra la imbecilidad humana, Monegal escribiría muchas páginas.

Otro “no-blanco” que fue su amigo en Londres era el escritor cubano Guillermo Cabrera Infante quien, teniendo un aire vagamente aindiado, era considerado generalmente como pakistaní en su barrio de Gloucester Road. En su novela *La Habana para un Infante difunto*, Cabrera cuenta cómo una novia japonesa que tuvo, en La Habana, rompió su relación reprochándole



su cobardía al no reconocer su ascendencia nipona. Así pasa con los nómadas que cruzaron el charco con su fluctuante identidad. Y si evoco a mi tan admirado Guillermo, que fue el primer novelista a quien traduje al francés –*Trois Tristes Tigres*, Prix du Meilleur Livre Étranger 1970–, es porque es en su domicilio londinense del 53, Gloucester Road –sitio de cita y de reunión de tantos exiliados– donde encontré a Emir Rodríguez Monegal. Por cierto, lo había visto y oído, con gran aplauso durante el Congreso internacional de hispanistas de México en 1968 sobre literatura hispano-americana contemporánea, donde dictó una magistral exégesis del inmenso Borges al que iba a dedicar tantos estudios fundamentales como fueron *Borgès par lui-même* (1970), *Borges: hacia una lectura poética* (1976), *Jorge Luis Borges: A literary biography* (1978), *Borges por él mismo* (1979), *Borges: uma poética da leitura* (1980) y *Jorge Luis Borges: Biographie littéraire* (1983). Me acuerdo que había presentado a Borges como faro y vigía del llamado “*Boom*” latinoamericano –tan elocuentemente documentado en 1972 por José Donoso (otro de mis novelistas traducidos) en su *Historia personal del Boom*.

Una breve anécdota: en el 53, Gloucester Road, coincidimos, Emir y yo, cuando estaba yo sudando y colaborando con el escritor cubano en la traducción tan difícil y problemática de *Tres Tristes Tigres*. Me acuerdo de su alta estatura, mientras Guillermo y yo parecíamos enanitos al lado suyo, y también de su tez, desde luego, que nos emparejaba a los tres: el argelino sefaradí, el cubano aindiado y el uruguayo levantino, tres nómadas. Tanto él como yo necesitábamos escribir a máquina ciertos pensamientos o reflexiones, y hete aquí que *G. Cabrera Infante esq.* (como figuraba en su tarjeta de visita, después de que consiguió la nacionalidad británica) tenía una máquina de escribir eléctrica de marca Smith & Corona, pero nos impedía acceder a ella: hay que saber que, antes de marcharse de Cuba –donde Fidel renegaba de su fiel compañero Guillermo que había creado y dirigido el órgano *Lunes de la Revolución*–, Cabrera Infante había hecho instalar, por algún santero de la santería cubana, un *caurí* (caracol) en su tan preciosa máquina de escribir, lo cual impedía a todos los otros utilizar dicho teclado so pena de maldición o de fracaso. El *caurí* de Cabrera le aseguraba el éxito y la gloria, y nadie más que él debía poner sus dedos en su Smith & Corona. En tales condiciones, Miriam Gómez, su esposa, sacó de un armario una vieja y destartada Olivetti que fue la máquina de escribir donde, en aquel entonces, redacté mis garabatos traductores y Emir sus preciosas notas críticas.

Luego, pocos años después, mientras Emir dirigía en París *Mundo Nuevo* –la revista que había creado en 1966 y que hizo tanto para dar a conocer la literatura latinoamericana (Cabrera Infante, Vargas Llosa, Octavio Paz, García Márquez o Severo Sarduy)–, colaboré en su empresa con algunas traducciones. Y aprovechando su residencia temporaria en Francia, lo invitamos, mi colega Claude Fell –gran especialista que supo expresar su admiración y su sabio conocimiento de Monegal en su valioso estudio “Emir Rodríguez

Monegal et la biographie littéraire”<sup>1</sup> y yo, a dar una conferencia en la universidad de Rennes-2 Haute Bretagne, y Emir acabó de convencernos y a todos nuestros estudiantes de que era el mayor y más excelso hispanista.

Más tarde, compartí con Suzanne Jill Levine, ilustre traductora estadounidense que trasladó al inglés a muchos de los autores que, por mi parte, vertí al francés (de Cabrera Infante a Manuel Puig), cosa de la que da fe su ensayo *The Subversive Scribe* (Dalkey Archive Press, 1991),<sup>2</sup> la amistad, la admiración y el afecto por el gran Emir. Y así comprobé, en ese cruce de autores del Nuevo Mundo, que Emir Rodríguez Monegal nos devolvía las carabelas<sup>3</sup> con tantas riquezas, las letras de oro de América. En fin, si Cristóbal Colón fue el Almirante del mar Océano, el Emir Monegal, que obró toda su vida para trasladar a nuestro viejo continente las glorias literarias de América Latina, se nos resulta el *Emir al-‘ali*, etimología árabe de *amiral*, en francés, y que significa “el más alto jefe”.

.....  
\*\*\*




---

1 Fell, Claude. *Les cahiers du CRICCAL*, Paris, 205, n.º 33.  
 2 Jill Levine, Suzanne. *The Subversive Scribe*. Dalkey Archive Press, 1991  
 3 Bensoussan, Albert. *Retour des Caravelles (Lettres latino-américaines d'aujourd'hui)*, Presses Universitaires de Rennes, 1999.

